

Construyen después el templo de Diana en Éfeso, otra de las maravillas del mundo.

Nabonazor, masón eminente, edifica la magnífica ciudad de Babilonia.

Construye también la ciudad de Damasco con su hermoso templo.

Las ciudades de Ecbátana, Susana y Persépolis.

Las famosas murallas de Babilonia y el templo de Tirsata.

Artajérjes, sublime Maestro, da un poderoso impulso á la arquitectura en los órdenes Dórico, Jónico y Corintio.

Nehemías, construye las murallas y puertas de Jerusalem, y divide la masonería en grados gerárquicos.

Los célebres masones del Asia Menor levantan el maravilloso monumento á Mausoleo, otra de las maravillas del mundo.

Demócrates sugiere á Alejandro, ambos masones, la construcción de Alejandria.

Tolomeo Filadelfo hace terminar bajo la dirección de los masones distinguidos Dejefanes y Sostrato la famosa torre de la Isla de Faros y otros edificios notables.

Arquímedes, masón y célebre geómetra, propaga su ciencia hasta que es muerto por Marcelo en la toma de Siracusa.

Los masones del Asia terminan las quinientas leguas de muralla de China y Tartaria.

Los masones toscanos instruyen á los romanos en el Arte Real y construyen el famoso Teatro y los templos de la Virtud y el Honor.

Herodes el Grande, Gran Maestro, con masones de Grecia construye las ciudades de Samaria, Antipátrida, Tasélis y Cipron, y levanta la admirable torre de Tasel.

César Augusto el principal protector de la orden antes de la Era Cristiana, da gran impulso á la fraternidad y

construye con ayuda de Vitrubio, el Panteón, el Puente arminio, el Foró y otros suntuosos edificios.

Jesús, el Divino Maestro, funda su consoladora y bella doctrina que habia de ser falseada por Roma.

En tiempo de Tito, los masones construyen un hermoso palacio y la soberbia estatua de Lacon.

Apolodoro, en tiempo de Trajano, ambos masones, construye un admirable puente sobre el Danubio, levanta un extenso circo y otros edificios,

Adriano, emperador romano y masón teórico práctico, construye las murallas entre Escocia é Inglaterra y su lujoso mausoleo.

San Alban protomártir del cristianismo en Inglaterra y primer gran Maestro en aquel país, funda allí la masonería, dedicándole un suntuoso edificio.

Constantino el Grande con todos sus hermanos embellece Constantinopla.

Justiniano I gasta ciento veinte millones en embellecer por medio de los masones la Iglesia de Santa Sofía.

Alfredo el Grande comienza la construcción de la Universidad de Oxford; Malcolmo I de Escocia el Castillo de Edimburgo; Canuto de Inglaterra la Abadía de Westminster, y el Obispo Rochester gran Maestro de la orden el Palacio del mismo lugar.

En esa misma época los Caballeros Templarios, construyen multitud de obras, hasta que codicioso de sus riquezas Felipe el Hermoso ayudado de Clemente V destruyen la orden condenando á las llamas á Jacobo de Molay su gran Maestro apoderándose de sus tesoros.

La masonería bajo la dirección del Obispo de Exeter construye colegios en Oxford y Cambridge.

Construye más tarde bajo el malleto de Cromwell el Palacio de San Jaime; bajo el de Thomas Presham la Lonja de Londres, y bajo el de Jaime II coloca la primera

pedra de la hermosa basilica de San Pablo que se terminó en 1720.

El Baron Guillermo Bruce reedifica el Palacio Holyrood en Edimburgo.

El Principe de Gales hace construir por masones el Teatro de Covent Garden.

Los masones de Chicago, que lo son todos sus habitantes, levantan la hermosísima ciudad que tanto nombre da á la gran República, y el ilustre hermano Guzman Blanco levanta la suntuosa catedral de Sud América á la vez que el soberbio templo masónico.

Hasta aquí las obras materiales; pero no son solamente las obras que se edifican á cal y canto las que dan renombre á los masones, otras de mayor importancia que tienden á redimir al mundo de la abyección y el servilismo, los edificios intelectuales, la iluminación de las ideas, el culto á la fraternidad y la beneficencia, la dignificación de la mujer, y el desenvolvimiento de las ciencias, las artes y la industria.

Ellas no encierran el pensamiento en estrecho círculo de hierro, reprueban el exclusivismo como enervante y exigen de sus adeptos que amen á Dios, del modo que lo crean oportuno pero que lo amen. Que reverencien al Padre de la luz en la forma que juzguen más adecuada, pero que lo reverencien.

La reprobada práctica de la Iglesia que dice: «Fuera de la Iglesia no hay salvación,» es un principio monstruoso. No se puede concebir que los innumerables millones de seres que pueblan la creación, en cuyo grandioso cosmos es el romanismo un grano de mostaza, sean criados por Dios expresamente para ser arrojados al abismo por el solo hecho de no practicar el culto á la divinidad en la forma que esa Iglesia exclusivista lo prescribe.

El mejor medio de adorar al Gran Arquitecto del Universo es la práctica de las virtudes y no el monótono martilleo de rezos estudiados, repetidos en son gangoso por costumbre y sin que broten espontáneos del alma; y la masonería de todos los tiempos ha practicado y practica las virtudes reprobado la gazmoñería.

Por eso ha merecido la consideración de todas las edades y de todos los hombres de buena voluntad.

Protextatus, Procónsul romano de Acaya, hombre verdaderamente virtuoso, decía en el siglo IV, «Que privar á los griegos de los misterios augustos fundados en obsequio de la especie humana, misterios que ligaban á todos los hombres, era hacer la vida insoportable.»

Tadeo Carvalló asienta: «Lo cierto es que ni los exterminios de Nabucodonosor y de Tito y Vespasiano, ni las persecuciones de Constantino, de Graciano y de Teodosio, ni la destrucción de los sacrificios de los Druidas, ni el mar de sangre que sumergió al mundo moral en un caos con la conquista de Mahomet y de Omar en el Oriente y con las incursiones de los Godos, de los Vándalos y de los Burgundiones en el Occidente, ni la horrenda catástrofe de los Templarios, ni la reforma más especiosa que útil de Cromwell y de los Orleans, ni los anatemas de Clemente XII y de Benedicto XIV, ni cuantas prohibiciones han tenido lugar en 1735 en Holanda, (1) en 1737 en Francia, Flandes y Suiza, en 1739 en Polonia, en 1740 en España y Portugal, en 1741 en Malta, en 1743 en Austria, y en 1751 en Nápoles; (2) ni la impostora superstición, ni la aleve protección de la maligna tiranía, pudieron ni podrán jamás

1 Estas citas son las mismas tomadas por el Señor Ibarra en su carta al Gobernador de Guerrero, de las cuales suprimo las conclusiones.

2 En 1751 se destinó en Nápoles un perseguidor para cada clase de personas: el duque de Miranda para la corte: el duque de Castropignano para los militares: el presidente del Consejo para los forenses: el príncipe de Centola para la nobleza, y el primer limosnero del rey para el clero.

destruir la Orden de los libres masones. La hoz misma del tiempo, á quien nada resiste, ha tenido que respetarla. ¿Y cuál la razón de semejante prodigio? . . . La santidad de principios por una parte, y la uniformidad de doctrina, de ritos y de leyes en todos los ángulos de la tierra por otra.

«La demostración de la primera es superflua. Enrique VI, rey de Inglaterra, preguntó á un iniciado. *¿Un masón me enseñará las mismas artes que vos habeis aprendido?* Contestó: *Os las enseñará si sois digno de aprenderlas y os hallais en capacidad de ello.* Federico II era rey y sin embargo mereció ser masón.

«¿No es prodigiosa una sociedad que, siendo toda ella gerarquía, distinciones y privilegios en su apariencia, en sustancia solamente produce una igualdad de derechos y el anonadamiento de la tiranía? ¿Una sociedad á cuyo trono asciende el último de la misma manera que el primero de sus ciudadanos, y del cual el alegórico soberano baja con la misma joya que subió? ¿Una sociedad sostenida tan solo con las consideraciones que se tienen á las luces, á la virtud y á la libre opinión de sus miembros?»

El soberano de Suecia, Carlos XIII, al subir al trono se expresó así: «Nosotros, Carlos XIII, etc., al corresponder á los deberes que nos hemos impuesto, aceptando la corona de Suecia, ninguno nos ha parecido más importante que el atender y recompensar al mérito, el cual es siempre bien acogido por el sentimiento público. Si la fidelidad, el valor, el saber y la inteligencia, han sido atendidos por nosotros, debemos del mismo modo no olvidar aquellos ciudadanos que en una esfera limitada y modesta, secretamente ejercen la más asidua asistencia sobre el huérfano y desgraciado, y quienes al morir no dejan en su pobre albergue las huellas del vicio, sino ejemplos de virtudes recomendables. Deseando honrar las grandes acciones, sobre cuya recompensa no existe provisión alguna en nuestras leyes las cuales

muchas veces pasan desapercibidas, no hemos titubado en ofrecer nuestro apoyo á una sociedad distinguida de cuyo gobierno nos hemos encargado, sobre la cual presidimos y cuyos dogmas y principios hemos practicado y tratamos de extender.»

Jorge Washington, el libertador de la gran República, da esta opinión: «Si grato y honroso puede ser al corazón humano recibir pruebas inequívocas de aprobación de parte de nuestros conciudadanos, al consagrarnos al bien público, ¿cuán envidiables no son esos mismos testimonios si ellos provienen de hombres virtuosos y moderados, cuyos severos principios están fundados en la verdad y en la justicia?»

«Extender el área de la felicidad pública es el grandioso objeto de la institución masónica, siendo nuestros más fervientes deseos que así los miembros de la fraternidad, como las publicaciones que sirven de exposición á sus principios, tengan por objeto convencer en general á los hombres de que el gran designio de la masonería es trabajar en obsequio de su misma felicidad.»

Augusto Federico, Duque de Sussex, hijo de Jorge IV rey de Inglaterra, con pleno conocimiento de causa, hace estas alabanzas de la masonería: «La Masonería, dijo, es una institución de las más perfectas y útiles que han existido y se han podido establecer en obsequio del progreso y bienestar social, no menos que de la felicidad del género humano, al ser su principal objeto despertar en sus miembros el sentimiento de la benevolencia universal y de mútuo amor entre los hombres. Es tal su poder, que hace consentir en hechos verdaderamente gloriosos las acciones que en sus hijos sabe inspirar el amor fraternal, acciones que pasan de un extremo á otro de la tierra y son acogidas por todos los hombres virtuosos; circunstancia que es un motivo más de estímulo para imitar los altos hechos que no ce-

san de recomendar las virtudes que practica. Nos enseña, además doctrinas sabias é instructivas, todas conducentes á nuestra felicidad, al mismo tiempo que nos promete recompensas siempre honrosas y solo dispensadas al mérito y á la honradez. Nos aconseja á obrar con nuestros semejantes, como quisiéramos obrasen con nosotros. A no divulgar nuestros misterios, y para que la conducta que ha de ser nuestra guía, sea conforme á los principios más estrictos de la moral que nos enseña, nos recomienda á la vez el evitar toda bajeza y engaño y á obrar con una conciencia pura y desinteresada.»

El marqués de Hastings, Gobernador general de la India, decía: «Yo debo á la Masonería las virtudes que poseo, prometiéndooos conservar íntegramente lo que de ella he recibido y que es causa de una dicha y satisfacción incomparable.»

La célebre escritora Madame Staël se expresa de este modo: «El espíritu de unión y concordia, que se aprende en la sociedad de los Frac-Masones, es imagen verdadera de la edad de oro, á la cual podemos añadir otras muchas doctrinas útiles y morales que aquella encierra. Hay además otra razón en favor de tal institución. No podemos negar que expresan algún objeto importante todas las sociedades secretas de igual naturaleza, pues que en todas ellas aparece revestirse la inteligencia de cierta independencia que la rehabilita en la conciencia misma de cada asociado, contribuyendo sus trabajos al progreso de las ciencias, porque en ellas el hombre es más libre para pensar, las ideas más espontáneas y en donde el entendimiento se habitúa á formar juicios sólidos. Es también posible que los principios de igualdad democrática, hayan sido propagados en esta clase de sociedades, en las cuales aparece el hombre tal cual es y no según el rango que suele ocupar en muchos pueblos.»

El patriota húngaro Kossuth exclamaba «¡Si todos los hombres fueran masones ¡Ah! ¡Qué República por gloriosa y extensa que fuera, podría compararse con la humanidad!»

El Obispo protestante Jethró Inwood dijo en un sermón predicado en el condado de Kent; «La institución masónica, lejos de ser contraria, ni oponerse de modo alguno á nuestra augusta religión, bien sea respecto á nuestros deberes hacia Dios, ó á los que debemos al hombre, recomienda muy eficazmente la práctica de sus santos principios.»

El Presbítero Dodd, «La Frac-Masonería es una institución benéfica por excelencia, en donde se confunden todos los rangos, se concilian también todas las opiniones y que induce á todos aquellos que han sido formados por nuestro Padre Celestial, á reconcentrarse en un solo deseo y un mismo fin, cual hermanos ligados estrechamente por este lazo indisoluble: el amor á Dios y á sus semejantes.»

El abate Barruel, encarnizado enemigo de la masonería, en sus «Memorias sobre el Jacobinismo» hace esta confesión; «Inglaterra en particular encierra muchos de aquellos hombres honrados que á la vez son excelentes ciudadanos pertenecientes á diversos rangos de aquella sociedad, tienen también un verdadero orgullo en ser frac-masones y en distinguirse por los lazos que íntimamente los unen en el ejercicio de la caridad y del amor fraternal.»

Guzmán Blanco al consagrar el templo masónico que se dijo antes, pronunció el notable discurso del cual tomamos estos párrafos:

«Este no es solamente un Templo Masónico: es más que eso. Es el Templo que oficialmente levanta el Gobierno de Venezuela á la independencia de la razón del hombre; templo en que caben sin estorbarse ni contradecirse tanto los hebreos como los cristianos, así los católicos como los kuáqueros, el deísta como el protestante!

“Este es el Templo de la Humanidad civilizada. Lo he levantado sabiendo muy bien lo que hacia, y asumiendo la totalidad de las responsabilidades que tan insólito hecho entraña. Desde este punto de vista, encontrareis explicado cómo es que al mismo tiempo que levantó este templo á la Masonería, estoy construyendo otro al catolicismo, que será el más suntuoso de Sud América, y cómo, si tuviese tiempo, erigiría una sinagoga y otro á la secta protestante.

“*La civilización del siglo XIX es el triunfo de la Masonería.* Con el decálogo, que es el código de la moral universal y eterna primero, y con Jesucristo como modelo, después; antes por medio de la asociación, y después de Guttemberg por medio de la imprenta, ha realizado una transformación en que la barbarie, la ignorancia ó el fanatismo, se han sustituido por la libertad, la igualdad y la fraternidad. Jesucristo y Guttemberg son las dos grandes antorchas de la edad moderna: Jesucristo como generador de la redentora civilización, y Guttemberg como inventor de la máquina para popularizarla, hasta en las últimas extremidades sociales.

“Lo que se diga dentro y fuera de la República por todos los fanáticos, ilustrados ó ignorantes, que para el caso poco importa, no me intranquiliza en manera alguna.

“Mis profundas convicciones me dicen que estoy sirviendo á la causa de la humanidad, á la causa de Dios, mejor, muchísimo mejor, que todos aquellos que quisieran detener al mundo, porque no comprenden la inmensidad del Eterno y la grandeza á que desde el principio y en cada día tiene destinada á la especie humana.

“La Masonería no tiene ya que discutir el libre pensar, ni la libertad del ciudadano, ni ninguna de sus prerogativas individuales, porque la soberanía del individuo es dogma de la época, lo mismo bajo las Monarquías que bajo las Repúblicas; pero la Masonería tiene todavía una gran la-

bor que cumplir, proponiéndose en cada nación del orbe, hacer suyo el imperio del progreso y el porvenir de los pueblos, pugnando por la paz como condición inexorable de toda saludable conquista, y condenando la guerra como el único medio de éxito que han tenido y pueden tener todas las usurpaciones, ya de los tiranos ya de los fanáticos; verdaderos y únicos enemigos de Dios y de su predilecta humanidad. Este programa es tan patriótico en la legal Inglaterra, como en la inestable Francia, en la antigua España, como en la moderna Alemania, como en el grande é insólito modelo de los Estados Unidos del Norte, como en cada una de las nacientes Repúblicas del Sur.»

Esta es la masonería; los sabios principios de moral que profesa constan en el siguiente irreprochable Código:

*Adora al Gran Arquitecto del Universo. mejor no les
Ama á tu prójimo.*

Haz el bien por amor al bien mismo, y deja hablar á los hombres.

El verdadero culto á Dios, consiste en las buenas costumbres.

Conserva tu alma tan pura, que pueda presentarse á todas horas delante de Dios indigna de reproche.

Ama á los buenos: compadece á los débiles: huye de los malvados: mas no odies á nadie.

Habla respetuosamente á los grandes: prudentemente á tus iguales: sinceramente á tus amigos y con ternura á los pobres.

No adules jamás á tus hermanos porque es una traición, y si tu hermano te adula desconfía no te corrompa.

Escucha siempre la voz de tu conciencia.

Sé el padre de los pobres: cada suspiro que les arranque tu dureza, será una maldición que caerá sobre tu cabeza.

Respetá al extranjero y al viajero, porque su posición los hacen sagrados para ti.

Evita las disputas, preven los insultos poniendo la razón de por medio.

Respetá á las mujeres, jamás abuses de su debilidad, y muere antes que deshonrarlas.

Si el Gran Arquitecto del Universo te da un hijo, dále gracias; pero tiembla por el depósito que te confía porque en lo de adelante tú serás para ese niño la imagen de la Divinidad.

Haz que hasta los 10 años te tema: hasta los 20 te respete, y hasta la muerte te ame. Hasta los 10 años sé su maestro, hasta los 20 su padre, y hasta la muerte su amigo.

Enséñale antes buenos principios y después bellas maneras; que te deba una doctrina esclarecida mejor que una frívola elegancia. Que sea mejor un hombre honrado, que un hombre hábil.

Lee y aprovecha. Ve é imita. Reflexiona y trabaja; y que todo redunde en beneficio de tus hermanos para tu propia utilidad.

Sé siempre contento para todo, con todo, y de todo.

Jamás juzgues ligeramente las acciones de los hombres, Dios que es el que sondea nuestros corazones, es el solo que puede apreciar su obra.

Estos principios rigurosamente cumplidos, si son civilizadores.

Véamos ahora cuales son los preceptos de la Iglesia que defiende el Dr. Ibarra.

Los mandamientos de la Iglesia son cinco:

El primero «Oír misa entera los domingos y fiestas de guardar.»

Prescindiendo del significado que á esta ceremonia se le atribuye, y en el cual nada de civilizador encontramos, por él se obliga á todos los fieles á dejar su trabajo en los centuplicados días de fiestas que tiene consagrados la Iglesia para concurrir *por costumbre*, que no por devoción, á ver al sacerdote que reza en idioma extranjero, desconocido por el pueblo; á dar su donativo para aquel acto que se le vende y no se le da, y al cual asisten en mayor número

los individuos de ambos sexos que se citan para ese lugar porque no se pueden ver en otro; se hace una exhibición de vanidades y se tuerce el origen de la oración, que más grata debe ser hecha en el silencio y el recogimiento que en el ostentoso concurso de gente ociosa.

El segundo «Confesar á lo menos una vez dentro del año ó antes si se espera peligro de muerte.»

Hemos demostrado que la monstruosidad de la confesión auricular, no solo no es civilizadora sino que corrompe los corazones vírgenes, aleja el pudor de los jóvenes acostumbrándolos á revelar sin empacho faltas que sin esta costumbre los ruborizarían, y autoriza á los criminales á seguir cometiendo excesos, asegurados de obtener el pasaporte libre de costas, cada vez que ocurran á esta práctica,

El tercero «Comulgar por Pascua Florida.»

Tampoco es civilizadora esta práctica ni moraliza, porque hace creer al pueblo que el pan se puede convertir en cuerpo de un semejante suyo, y que á éste puede comérselo, muestra horripilante del más descarnado canibalismo; además se le hace creer que puede, el sacerdote, formar dioses á su antojo, y tal vez cuando momentos antes ha estado entregado á prácticas viciosas y repugnantes; que se puede comer á este Dios, tal vez cuando por una noche de orgía, muy frecuente entre ellos, más apetece algo que la calme la irritación alcohólica que lleva en el estómago, que el llevar á Dios con avidez á sus ardientes labios. Esto no es civilizador sino simplemente monstruoso.

El cuarto «Ayunar.»

Este precepto ni civiliza ni sirve para otra cosa que para debilitar á los que lo practican y descomponerles los órganos de la digestión y crear seres enlenucidos y raquíuticos.

El quinto «Pagar diezmos y primicias á la Iglesia Católica.»

Este es el gran filón que sirve para explotar á los creyentes y despojar á las familias de lo que legitimamente les corresponde en nombre de un Dios que nada pide, que nada quiere sino las buenas acciones de sus criaturas.

En nombre de esa Iglesia y de esa civilización se encendieron las hogueras del llamado tribunal de la fé y se hicieron hecatombes inicuas desde la San Bartolomé y las Dragonadas hasta el degüello de los trescientos patriotas que ofreció Iturbide en Viernes Santo, para desagrar á ese Dios que nos pinta la civilizadora Iglesia con más sed de sangre que Huitzilopochtli, ¿y á este conjunto de absurdos, de iniquidades y de atentador llama civilizador el Señor Ibarra? ¿Y á esta Iglesia LA UNICA CIVILIZADORA DE LAS NACIONES?

No terminaremos este trabajo sin detenernos un momento en un punto bellissimo de la Pastoral del Señor Ibarra, y digno por mil títulos del mismo Ignacio de Loyola, por la sutileza del sofisma y la agudeza de la conclusión.

Refiriéndose el Señor Ibarra á la cita que de Galileo le hizo el Señor General Arce, y tratando de refutarla aunque embosadamente, pues nada personaliza ni mienta la masonería, como si temiera que se quemaran sus labios al pronunciarla, dice que ya oye á la *impiedad* acusar á la Iglesia de haber perseguido á este sabio, (á Galileo,) y añade que no se le persiguió por buen astrónomo sino por mal teólogo, es decir, no porque descubrió que la tierra se movía al rededor del sol, sino porque con este descubrimiento hechó por tierra la afirmación bíblica de que Josué detuvo al sol en la batalla de los amalecitas.

Aquí entra en toda su desnudez el principio casuista de *dirijir la intención*. «Es lícito matar á un hombre, no con la intención de matarlo sino con el de librarse de su enemigo.» Oigamos á Pascal como relata este principio,

que deberá ser muy civilizador según las teorías del Señor Ibarra:

—«Para que vea Vd., pues, la alianza que han hecho nuestros PP. de las máximas del Evangelio con las del mundo para esta *dirección de intención*, oiga á nuestro P. Reginaldus, IN PRAXI, lib. XXI, núm. 62. pág. 260: *Está prohibido á los particulares la venganza, porque San Pablo dice: Ram. ch. XII, El que quiera vengarse llamará sobre si la cólera de Dios y sus pecados no serán olvidados.* Y todo lo demás que dice el Evangelio sobre el perdón de las ofensas, como en los cap. VI y XVIII de San Mateo.

—«Ciertamente, Padre mío, que si después de eso dice otra cosa que lo que consta en la Escritura, no será por ignorancia. Pero véamos como concluye vuestro Reginaldus. —Mírelo Vd., dijo: *En virtud de todo esto, parece que un militar puede en el instante mismo perseguir al que le ha herido aunque no con la intención de volver el mal por el mal, sino con la de conservar su honor: NON UT MALUM PRO MALO REDDAT, SED UT CONSERVET HONOREM.*

«¿Ve Vd. como los nuestros prohíben tener la intención de volver el mal por el mal, puesto que la Escritura lo condena? Jamás lo han tolerado. Véamos á Lessius. DE INST, lib. II, c. VII. d. 12, núm. 79: *El que ha recibido una bofetada no debe tener la intención de vengarse; pero puede tener la de evitar la infamia devolviendo en el acto la injuria, aun con la espada misma, ETIAM GUM GLADIO.* Estamos tan lejos de tolerar que se tenga el afán de vengarse de los enemigos, que nuestros PP. no quieren ni que se les desee la muerte movido de odio. Oigamos á nuestro P. Escobar, tr. 5, ex. 5, núm. 145: *Si tu enemigo está dispuesto á hacerte algún daño, no debes desear su muerte movido de odio; pero se la puedes desear para evitar tu daño.* Porque esto es tan legítimo con tal intención, que nuestro gran Hurtado de Mendoza, dice: *Se puede pedir á Dios la muerte de los que se preparan para*

perseguirnos, si no se puede evitar de otra manera. En su libro DE SPC., vol. II, d. 15, sect. 4, § 48.

—«Reverendo Padre mío, le dije, la Iglesia ha hecho mal entonces olvidándose de poner en la Misa una oración á este intento.—No se ha puesto, me contestó, todo lo que se puede pedir á Dios. Además, esa no se ha puesto toda vez que esta opinión es más moderna que el brevario. Veo que no es Vd. muy fuerte en cronología. Empero sin salir de este asunto, oiga Vd. el siguiente pasaje de nuestro P. Gaspar Hurtado, DE SUB PECC DIFF., 9, citado por Diana, pág. 5, tr. 14, v. 99; es uno de los veinticuatro PP. de Escobar: *Un beneficiado, sin caer en pecado mortal, puede desear la muerte del que tiene una pensión sobre su beneficio; Y UN HIJO LA DE SU PADRE, y alegrarse cuando suceda, con tal de que esto sea por el bien que le reporte y no por odio personal.*»

El caso citado horripilante por su moral *prieta*, es ni más ni menos el descrito por el autor de la 5ª Carta Pastoral: Galileo no fué perseguido por su afirmación, nó, sino que tal afirmación implicaba la negación de un pasaje bíblico.

Soberbia conclusión que no podrá borrar la soberana exclamación del sabio, cuando se le obligó á retractarse sobre los santos Evangelios, de su declaración de que la tierra se movía, y que dando una patada en el suelo que aún resuena en el cerebro de los ultramontanos, dijo el célebre sabio, su ¡E PUR SE MUOVE! que recogió la historia y brillará eternamente para baldón de sus verdugos.

Estos son los trabajos de la Iglesia, ¿y se puede afirmar que esa Iglesia es la civilizadora de las naciones?

Otro párrafo para concluir.

Llega á tal grado el atrevimiento de los preladados de esa Iglesia, que se familiarizan con Dios y con el diablo, ó por lo menos lo afirman con el mayor aplomo, pretendiendo

hacer creer á sus ovejas que departen mano á mano con el Supremo Arquitecto del Universo, y si alguien lo duda preste atención á la siguiente nota:

«Mas afortunados, ó al menos ensalzados por la credulidad, eran otros héroes, á quienes el diablo, cansado de sus infructuosas tentativas, llegaba por fin á mirar con temor y con respeto. Habitados estaban los dos Macarios, (1) Martín (2) y otros ilustres, á conversar familiarísimamente con los mensajeros de Lucifer, que con rendimiento y sumisión revelaban á estos varones ejemplares el estado íntimo de las conciencias de los hermanos, sacando á luz sus cavilaciones y pensamientos recónditos. Tenemos el testimonio del historiador Paladio para creer que Macario de Alejandria se dirigió una ocasión á visitar un jardín de demonios, que habian escogido un cementerio pagano para su alojamiento, aguardando estar en aquel retiro, amparados contra sus rivales; que los demonios le salieron al encuentro, suplicándole que no los fuese á atormentar en su soledad, y que el buen penitente, accediendo con generoso espíritu á los ruegos de sus enemigos, se conformó con tomar un paseo en torno de la morada de los réprobos, y luego regresó tranquilamente á su celda. (3)

Resistían algunos de estos zafios las tentaciones más extraordinarias con valor heróico, en lo que les iba nada menos que la dicha eterna, pues ya Antonio, autoridad tan respetable por sus virtudes como por su experiencia, habia sentido la máxima de que sin la tentación nadie puede en-

1 Tillemot, t. VIII, pp. 597-8, 639-41.

2 S. Severo, Vid. Mart., 6.

3 Till. t. VIII, pp. 634-36.—Fleury refiere, con el estilo empalagoso que caracteriza su historia, las aventuras fabulosas de Isidro, los dos Macarios y otros dechados que, habiendo sido desterrados de Alejandria, llegaron á una isla habitada por demonios, los cuales vinieron á rendir homenaje á los reclusos, confesándose vencidos, reconociendo la grandeza de Jesucristo, etc.—Fleury, XVI, 36.—Véanse también Sózome, VI, 20 y Till., t. VIII pp. 609-13.

trar en el reino de los cielos. Otros, sin embargo, menos valerosos, ó quizá menos entusiastas, perdían pronto la chabeta, y al llegar á un estado de locura «reconocida,» eran albergados en el hospital de locos, en donde á la verdad, todos ellos hubieran podido ser llevados, sin temor de encontrar en tal cáterva un hombre cuerdo.» Pues el Señor Ibarra, civiliza á su grey pretendiendo hacerle creer que tiene el mismo privilegio cuando dolido de ver que su rebaño va á menos, y conociendo que es preciso tocar generala y apelar al catequismo del «Rebañito del Niño Jesús,» por Don Enrique de Ossó, para hacer nuevas conquistas, valiéndose de las santas misiones, la convoca no sin antes *discutir con Dios* sobre la conveniencia ó inconveniencia de tal práctica, por supuesto que obtenida la excelsa aprobación se lanza el combate intrépido y seguro del triunfo. Hé aquí sus palabras:

«Nos hemos impuesto detenidamente de los informes que á petición nuestra nos habeis mandado sobre el estado moral de vuestras Parroquias. La solicitud y empeño con que habeis satisfecho nuestros deseos nos han causado grande gozo y han venido á confirmarnos la alta idea que habíamos ya formado de vuestra docilidad y obediencia. Mas si vuestra premura en obsequiar nuestros deseos, nos ha sido muy satisfactoria, nuestro corazón ha experimentado, sin embargo, grande pena al ver por esos informes, que en la mayor parte de vuestras Parroquias, ES MUY REDUCIDO EL NUMERO DE PERSONAS que cumplen con el precepto pascual, y que además del INDIFERENTISMO RELIGIOSO reinan varios vicios que sirven de escándalo al pueblo cristiano.

«No se nos oculta V. H. que la principal causa de todo esto debe atribuirse á las críticas circunstancias porque atraviesa la Iglesia, CIRCUNSTANCIAS CADA VEZ MAS APREMIAENTES. Mas si esto puede tal vez escusarnos ante el tri-

bunal de Dios de los extragos que ha hecho el demonio en nuestro rebaño, no nos libra de la grande obligación que tenemos como verdaderos Pastores de poner en práctica todos los medios que estén á nuestro alcance, para reparar, si es posible, esos daños y precaver los venideros. A este fin, **¡¡¡DESPUES DE CONSULTARLO CON DIOS NUESTRO SEÑOR!!!** nos ha parecido oportuno comenzar esta grande Obra.....»

¿Con que el Señor Obispo consulta con Dios sus operaciones? Y por supuesto que obtiene resoluciones y consejos para normar sus actos, para dirijir sus pasos, y hasta para medir sus palabras. ¿Cómo serían estas conferencias que no dan otro resultado que el mal éxito de las teorías del Ilustre Prelado?

«...adavía si nos dijera que para las obras practicas re-
consejos de Dios y nos lo demostrara con hechos, por
«Consulté con su Divina Majestad como me ar-
a recursos y me aconsejó que recorriera mis domi-
nfirmando y recogiendo pesetas, y hé aquí el resul-
tis areas repletas.»

«...bien con ese hecho; pero consultar para hacer
y catequizar el rebaño del Niño Jesús y otras
nos dispensara el Señor Obispo que debíamos la hoja,
lo faltarle al respecto ándonos de una cosa seria, y si
de sus feligreses lo cree peor para él porque es se-
que está verdaderamente en camino de civilizarse á
indata.

«...hemos oido decir que los negocios árdulos se con-
con la almohada, porque es seguro que después del
reparador viene la reflexión á madurar las ideas y
de formar mejor criterio y decidir con más acierto;
consultar con Dios y con la opinión de su Divina Ma-
unca hemos llegado á creerlo aunque lo hallamos

leído muchas veces, porque tenemos un juicio muy elevado del Supremo Autor de todo lo creado.

¿Y estos disparos del Jefe de una Iglesia serán por ventura civilizadores?

Es imposible en las postrimerías del siglo del vapor y de la electricidad hacer pasables estas patrañas que en otro tiempo llevaron al mundo á su decaimiento y á su ruina, van desapareciendo los errores de la mente humana al solo bienhechor de la civilización moderna, como desaparecen del espacio las nubes cuando el viento las arrolla al ocaso. El sol refulgente de la verdad se abre paso y es la MASONERIA, esta Orden excelsa y redentora la que marcha majestuosa y tranquila llevando en una mano la piqueta para derribar las preocupaciones, y en la otra la antorcha purísima de la civilización, de la verdad y de la virtud, y llegará en día no remoto á iluminar el mundo á unir en estrecho y fraternal abrazo á la gran familia versal, proclamando así la verdadera, única, la summa civilización humana.

RAFAEL NAJ.



